

Elementos para un marco heurístico-interpretativo de la historia de la medicina en Colombia

NESTOR MIRANDA CANAL

El autor presenta, basándose en la conceptualización que hace Georges Canguilhem, una propuesta de metodología para abordar la investigación de la Historia de la Medicina en Colombia.

La propuesta consiste, básicamente, en superar las dos tendencias que se han impuesto en los estudios históricos de las ciencias. Estas tendencias son: el "internalismo" y el "externalismo". En la primera se da prioridad a los aspectos intrínsecos, conceptuales de cada ciencia. En la segunda se enfocan las ciencias como parte de una cultura particular y como productos del desarrollo económico social y político. Según el autor, debe concebirse la historia de las ciencias como una disciplina independiente. Pero esto sólo es posible al integrar el "internalismo" y el "externalismo" en la construcción del objeto de la historia de las ciencias. Esta integración no puede ser una suma mecánica de las dos perspectivas señaladas sino una verdadera superación que sólo se puede realizar en el curso mismo de la investigación que requiere "información, tiempo para la reflexión y trabajo colectivo y a largo plazo".

Ahora bien, se trata de partir de la misma ciencia como punto "lógicamente privilegiado" para poder plantear adecuadamente las relaciones que ésta mantiene con otras instancias y así superar el "Sociologismo unilateral".

El autor es sociólogo y forma parte del grupo de investigación sobre Historia Social de las Ciencias en Colombia.

En un texto ejemplarmente penetrante, "L'objet de l'histoire des sciences" (1), Georges Canguilhem afirma que "el objeto de la historia de las ciencias no puede ser delimitado sino por una decisión que le asigna su interés y su importancia. "El historiador debe **construir** este objeto, teniendo en cuenta que su marco teórico no está en una u otra ciencia particular que se estudie en su proceso histórico de constitución y desarrollo, como tampoco está fuera de la ciencia, en la economía o en la política". De esta manera, por negación, Canguilhem se enfrenta en este problema del objeto, con las dos grandes tendencias que se han conformado en el campo de los estudios de historia de las ciencias: el "internalismo" y el "externalismo".

Para el "internalismo", el marco teórico de la historia de las ciencias está en la ciencia estudiada, en sus determinaciones internas y específicas. Uno de los más eminentes exponentes de esta tendencia —Alexandre Koyré— afirma que "la ciencia de nuestra época, como la de los griegos, es esencialmente **theoria**, búsqueda de la verdad" y por ello "tiene, y siempre ha tenido, una vida propia, una historia inmanen-

te" y "sólo en función de sus propios problemas, de su propia historia, puede ser comprendida por sus historiadores..." (2).

El "externalismo" pone el énfasis, para la comprensión del devenir histórico de la ciencia, en aspectos exteriores a la misma, tales como las condiciones económicas, los conflictos y procesos sociales, las vicisitudes políticas y las aplicaciones prácticas de los resultados de la actividad científica (3).

En opinión de Koyré, esta pretensión es una empresa "quimérica", ya que a partir de las estructuras sociales o las aplicaciones prácticas de la ciencia no se puede explicar la naturaleza y la evolución del conocimiento científico. "No es la estructura social de la Inglaterra del siglo XVII la que puede explicar a Newton, como tampoco la de la Rusia de Nicolás I puede aclarar la obra de Lobatchevski. Esa es una empresa completamente quimérica..." (4). Joseph Needham asegura que "a los 'internalistas' no les gusta admitir que los científicos tienen un cuerpo, comen, beben y participan de la vida social" (5). Detrás del tono deliberadamente simplón de Needham está toda una posición

epistemológica y metodológica respaldada por estudios concretos.

El "internalismo", vale la pena aclararlo, no reduce el problema al estudio de las determinaciones científicas específicas, únicamente. Son éstas el pivote privilegiado para la comprensión de lo que ha sido la historia de una ciencia, pero por sí solas no permiten dicha comprensión. Se hace necesario relacionarlas con otras esferas del pensamiento, diferentes de lo propiamente científico, con las cuales se encuentran en íntima relación: filosofía, religión, ideología, etc. En buena parte, la historia de las ciencias vista por el "internalismo" no es otra cosa que la clarificación del proceso de separación del contenido específicamente científico de su caldo de cultivo impuro, "ideológico", en el más amplio sentido de este término (6). Estudiar la ciencia históricamente desde el "internalismo" es establecer cómo los conceptos y las teorías van generándose mezclados y en lucha con elementos del pensamiento no-científico. "La evolución del pensamiento científico... no formaba, tampoco, una serie independiente, sino que al contrario, estaba muy estrechamente ligada a las ideas transc científicas y religiosas", afirma Koyré refiriéndose a la época de Copérnico (7). Para este autor la "unidad del pensamiento humano" es una convicción que lo ha "inspirado" en sus estudios históricos de la ciencia. La "internalidad", pues, se da dentro de ese

bloque unitario, y no sólo en la parcela de lo científico.

Las dos tendencias antes esbozadas se expresan en trabajos concretos que iluminan aspectos importantes de la historia de las diferentes ciencias. En cuanto hacen caso omiso de una u otra esfera de esta historia, constituyen explicaciones parciales de la misma. En apariencia la solución estaría en optar en forma alternativa por una y otra de estas dos "escuelas" y así, por una suma mecánica que resultaría de un movimiento pendular, tendríamos finalmente la totalidad reconstruida. El problema, sin embargo, se ubica más bien en la definición de lo que debe ser el objeto de la historia de las ciencias. Es así como lo enfrenta Georges Canguilhem en el texto que comentamos.

Según este autor la debilidad de las posiciones "externalistas" e "internalistas" está en que asumen como objeto de la historia de las ciencias el objeto de otras ciencias ya constituidas. Este hecho conlleva serias dificultades a nivel teórico y metodológico y, sobre todo, impide que esta disciplina adquiera su estatuto científico, es decir, se convierta en una disciplina autónoma y particular, con un objeto propio y, necesariamente, con sus métodos propios. Los "internalistas" reducen el objeto de la historia de una ciencia al objeto de la ciencia en cuestión: no es posible entender el proceso de constitución y desarrollo de

una ciencia si no es desde una actitud teórica que privilegia la teoría misma frente al dato empírico y que hace del hecho científico un hecho de teoría que se maneja con el "utillaje" intelectual y metodológico propio de dicha ciencia.

Los "externalistas" reducen el objeto de la historia de las ciencias a un fenómeno de cultura o de civilización que se inscribe en relaciones contextuales (económicas, sociales, políticas, geográficas, técnicas, etc.) que lo determinan: del esclarecimiento de estas relaciones surgirá la comprensión del devenir de las diversas disciplinas científicas. Por este camino se llega a "una sociología naturalista de las instituciones despreciando enteramente la interpretación de un discurso con pretensiones de verdad" (8).

Para Canguilhem, el objeto de la historia de las ciencias debe ser construido a partir de una decisión teórica y de una atribución de importancia que implica una actitud axiológica (9). Así como el científico construye su objeto partiendo de un "objeto natural" dado, para convertirlo en un "objeto cultural" científico, el historiador de las ciencias construye su "objeto de estudio" a partir del cultural constituido por el científico. El paso del uno al otro no es una simple derivación ni una génesis naturalista. Es en esta actitud y en esta actividad "constructivistas" en donde debe darse la posibilidad de integración nomenclástica de las orientaciones "ex-

ternalistas" e "internalistas": pero esa integración exige —repetámoslo— **la construcción de un objeto**, y no el paso de una perspectiva a la otra que le sirve de complemento. Sólo por este camino es posible que la historia de las ciencias se convierta en una disciplina autónoma (10).

"El objeto del discurso histórico es, en efecto, la historicidad del discurso científico, en tanto que ésta representa la elaboración de un discurso interiormente normado (11), pero atravesado por accidentes, retardado o desviado por obstáculos, interrumpido por crisis, es decir, momentos de juicio y de verdad (...). Entonces la historia de las ciencias... no tiene solamente relación con un grupo de ciencias sin cohesión intrínseca, sino también con la no-ciencia, la ideología, la práctica social y política". El objeto de la historia de la ciencia (12), ya no está dado en la ciencia particular estudiada (en cuanto ya ella misma tiene su objeto) ni está delimitado en un campo exterior a la misma (trátase de la economía, de la política o de la técnica). El historiador, o quien pretende serlo, debe **construir** su objeto de acuerdo con criterios valorativos fundados en los desarrollos contemporáneos de la ciencia y en concordancia con la problemática específica que se da en el interior de la ciencia y del pensamiento y con las tensiones que se originan en el contexto.

La posición de Georges Canguilhem en relación con el problema

del objeto de la historia de las ciencias abre una interesante perspectiva para la superación de la antítesis "internalismo-externalismo". Como toda posición sería no se trata de una receta para ser aplicada mecánicamente. Se trata más bien de un programa teórico, con implicaciones metodológicas, que se fundamenta en la necesidad de reconocer y respetar la especificidad del objeto en cuestión: la ciencia. Su aplicación es ardua y constituye un verdadero reto para cualquier investigador. Exige el manejo de una amplia base documental y una elevada dosis de penetración teórica que haga posible el establecimiento de correlaciones que no siempre son evidentes, sin descartar el recurso a la imaginación creadora. Exige, entonces, información, tiempo para la reflexión y un trabajo colectivo y a largo plazo. Supera, seguramente, nuestros recursos personales e institucionales, pero ofrece una rica perspectiva programática para los estudios de historia de las ciencias.

En apariencia, nuestra posición se acerca al "internalismo", pero lo que se pretende, precisamente, es escapar de esta posición y a su antítesis, el "externalismo", por las razones ya aducidas por Canguilhem y que aquí hemos tratado de reproducir. Existen, no obstante, razones de peso para insistir un poco en la necesidad de partir de la ciencia para la comprensión de la misma: siempre acecha el peligro de un sociologismo unilateral en esta

clase de estudios que puede escamotearnos la especificidad de nuestro objeto. Pero, partir de la ciencia no significa quedarse en ella, ni mucho menos. Se trata de tomarla como punto inicial, **lógicamente privilegiado**, para después poder plantear y entender las relaciones con otras instancias y establecer hasta qué punto pueden éstas ser determinantes.

Es claro, que no investigar las relaciones que mantiene la ciencia con el medio social nos impediría comprender aspectos importantes de lo que ha sido la actividad científica en un país que, como el nuestro, viene sufriendo limitantes estructurales en todos los terrenos y, precisamente, estas limitantes se relacionan con procesos económicos, sociales y políticos históricamente conformados. Pero el conocimiento de estas relaciones, y de su sentido, no nos permite por sí solo la comprensión de nuestro objeto. Como tampoco puede hacerlo la sola perspectiva "internalista". Partir de los problemas que se ha planteado la ciencia y de la forma como los ha enfrentado y resuelto, o aplazado, es importante para nuestro caso por varias razones:

- 1) Nos ubica en el objeto para, desde allí, plantear las relaciones contextuales.

- 2) Nos pone en camino de aclarar si en nuestro "subdesarrollo científico" lo determinante de manera exclusiva son las condiciones de nuestra dependencia frente a los

grandes centros económicos y políticos internacionales. ¿O podemos, quizás, encontrar elementos explicativos de lo que ha sido nuestra actividad productora de ciencia en el interior de la misma?

3) Abre la posibilidad de establecer cómo los problemas que surgen en el contexto han sido trabajados por la ciencia. ¿Qué coherencia se ha establecido entre el tratamiento de los problemas y el medio exterior que plantea los interrogantes?

4) Puede brindar una contribución al desarrollo del espíritu crítico y del rigor metodológico en los científicos nacionales, así como a la vinculación de los mismos, por razones lógicas y epistemológicas, a los estudios históricos de sus respectivas ciencias. Se da, de paso, la posibilidad de trabajos interdisciplinarios en este terreno.

5) Puede, finalmente, suscitar la apertura de los currículos de las carreras técnicas y científicas a la historia de las diferentes ciencias que integran tales currículos.

La ciencia tiene un marcado carácter universalista (13) que se expresa en su autocontrol, en su orientación autocrítica rigurosa, en aquello que Canguilhem llama su interés por sorprenderse en error y en la aplicación tendencialmente

generalizada de sus resultados para el dominio y la transformación de la realidad. Esto no quiere decir, sin embargo, que la ciencia sea un sistema cerrado, elaborado en su unidad definitiva en otras latitudes que nos preceden en el desarrollo. Si la tomamos así, pecamos de acrílicos y terminamos por olvidar que el objeto de la historia de las ciencias es la "historicidad del discurso científico, en tanto que esa historicidad representa la elaboración de un proyecto interiormente normado" (Canguilhem). Examinar la manera como esa normatividad interior ha sido manejada en nuestra historia puede ser una tarea reveladora, y es una tarea que supone partir de la ciencia misma (14). De lo contrario, terminamos por hacer la historia de la ciencia europea y/o norteamericana en Colombia (15).

Finalmente, el estudio a partir de la ciencia misma y no del contexto nos evita caer en generalidades que pueden, de pronto, aplicarse a cualquier país dependiente, pero que no nos permiten encontrar lo que quizás particulariza nuestra tradición científica, de existir. Encontrar esa particularidad es un asunto que supera incluso el mero interés científico y nos ubica en el terreno de la identidad cultural, aspecto éste que no debe de ninguna manera menospreciarse (16).

1. Georges Canguilhem. **Etudes d'histoire et de philosophie des sciences**, Librairie philosophique J. Vrin, París, 1975.

2. Alexandre Koyré. **Estudios de historia del pensamiento científico**, Siglo XXI, Madrid, 1977, p. 385.

3. Robert K. Merton y Joseph Needham se cuentan dentro de los estudiosos "externalistas" más destacados. Una posición bastante radical, en el sentido del "externalismo", es la expresada por Paul Schrecker: "Considerada como objeto de la historia, la ciencia es un producto de la civilización que cambia en el transcurso del tiempo (...). El historiador de la ciencia que intenta aislar de entre los acontecimientos del pasado los que deban figurar en las series que estudia y registra no puede servirse de ningún criterio sistemático interior que distinga lo que debe ser considerado como ciencia, de lo que no deba ser considerado así (...). Como objeto histórico, la ciencia sólo puede reconocerse por su función dentro de la compleja estructura de la civilización humana". (Paul Schrecker. **La estructura de la civilización**, F. C. E., México, 1975, primera reimpresión, p. 51).

4. Alexandre Koyré. **Op. cit.**, p. 385.

5. Citado en Marie-Claire Bartholy, Jean-Pierre Despin et Gerard, Grandpierre. **La science. Epistémologie générale**, Magnard, París, 1978, p. 34.

6. "Idola" llamaba Francis Bacon a este caldo de cultivo impuro que se oponía a la ciencia, que la enturbiaba y la desviaba de su objetividad. En términos de **idola** plantea este problema Darío Mesa cuando afirma que entiende "por **idola** u obstáculos epistemológicos un conjunto de confusiones verbales, de realismo, de animismo, de instintos, de

imágenes directas de la materia, etc., que hacen coexistir a la ciencia con la magia". (Darío Mesa. **El espíritu científico en la cultura colombiana del siglo XX**, en "Ciencia, Tecnología y Desarrollo", vol. 4, número 1, 1980, p. 74).

7. Alexandre Koyré. **Op. cit.**, p. 5.

8. Georges Canguilhem. **Op. cit.**, p. 15.

9. "La historia de las ciencias tiene que ver con una actividad axiológica, la búsqueda de la verdad". (Georges Canguilhem. **Op. cit.**, p. 19).

10. Esta actitud "constructivista" es la de algunos más de los lúcidos historiadores modernos. Véase, por ejemplo, E. H. Carr. **¿Qué es la historia?** Seix-Barral, Barcelona, 1978. Hablando de que los hechos no aparecen de manera directa, Lucien Fèbvre afirma que "los fabrican los trabajadores pacientes, relevándose, sucediéndose, de forma lenta, penosa, apoyándose en miles de observaciones juiciosamente planteadas y millares de datos numéricos extraídos laboriosamente de múltiples documentos..." (Lucien Fèbvre. **Combates por la historia**, Ariel, Barcelona, 1971, p. 21). Véase igualmente, entre otros muchos, Henry-Irenée Marrou. **De la connaissance historique**, Seuil, París, 1954.

11. Perspectiva del "internalismo".

12. Georges Canguilhem. **Op. cit.**, pp. 17-18.

13. Robert K. Merton. "Los imperativos institucionales de la ciencia", en: **Estudios sobre la sociología de la ciencia**, Alianza Universidad, Madrid, 1980, p. 67: "El universalismo halla expresión inmediata en el canon de que la afirmación de que algo es verdad, cualquiera sea su fuente, debe ser sometida

a **critérios impersonales preestablecidos...**" A pie de página cita la afirmación de la American Association for the Advancement of Science de que "la ciencia es totalmente independiente de las fronteras nacionales, las razas, los credos".

14. La importancia de esta aproximación también ha sido señalada por Piaget. "El aspecto más significativo de la epistemología contemporánea... y de consecuencias incalculables para el porvenir, es que la reflexión epistemológica surge cada vez más al interior mismo de las ciencias, ya no porque tal creador científico genial, como Descartes o Leibniz, deje, por un tiempo, sus trabajos especializados y se dedique a la construcción de una filosofía, sino porque ciertas crisis o conflictos se producen como consecuencia de la marcha interna de las construcciones deductivas o de la interpretación de datos experimentales, y que, para superar estas tradiciones latentes o explícitas, se hace necesario someter a una crítica retroactiva los conceptos, métodos o principios utilizados hasta ese momento..." (Jean Piaget. "Nature et méthodes de l'épistémologie", en **Logique et connaissance scientifique**, vol. 22 de la Encyclopédie de la Pléiade, Gallimard, París, 1976, p. 51).

15. Con razón llama la atención Gabriel Restrepo "Elementos teóricos para una historia social de la ciencia en Colombia" en **Ciencia, Tecnología y Desarrollo**, vol. 5, número 3, p. 280, sobre el peligro del "parroquialismo", del cual, precisamente, busca alejar nuestra posición. Establecer cómo se han planteado las ciencias los problemas surgidos de ellas mismas o provenientes de esferas como la economía, la realidad social, la geografía, etc., en qué lenguaje, con qué instrumentos intelectuales y metodológicos se ha tratado de dar respuesta, qué preconceptos no-científicos han permeado, en uno u otro sentido,

la actividad científica, todo esto, exige una dosis de sentido crítico considerable que, necesariamente, es incompatible con el "parroquialismo" que está presente en muchos estudios históricos nacionales. Exige, a la vez, una buena información sobre los resultados más modernos de la ciencia y sobre los desarrollos importantes de cada momento histórico, para lograr esa "dimensión comparativa" de que habla el mismo Restrepo.

Para una discusión sustentada sobre la tendencia predominante en los estudios históricos a otorgar "los certificados de historicidad" a los pueblos subdesarrollados en función de Europa, véase Dominique Perrot y Roy Preiswerk. **Etnocentrismo e historia**, Nueva Imagen, México, 1979.

16. Giorgio Antei. "Los signos de los cronistas", en **Humanidades**, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga (vol. 9, número 1, octubre de 1980, p. 71 a p. 80) plantea la necesidad de definir el estatuto epistemológico para el caso de la etnología americana, al igual que lo han intentado algunos filósofos para la filosofía de nuestro continente. "¿Quién soy? ¿Quiénes somos? Las mismas preguntas "originarias" con que Leopoldo Zea caracteriza "la voluntad de saber" de la filosofía latinoamericana, son igualmente válidas para la etnohistoria, porque son cuestiones que remiten a la identidad del hombre americano —realidad étnica, sociocultural, etc.— y a su historia. Y por consecuencia a su futuro". (p. 78). Las mismas preguntas, si bien con las diferencias absolutamente ineludibles, tiene validez para otras ciencias sociales e incluso para las ciencias físicas y naturales. ¿Y qué no decir del caso de la medicina en sus relaciones con el clima, la flora, la fauna, las patologías propias de cada región, los hábitos alimenticios, las tradiciones curativas populares, etc.?